

SENECA Y PAULINA.

DRAMA TRÁGICO

EN UN ACTO.

POR DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

PARA CUATRO PERSONAS.

CON LICENCIA EN VALENCIA:

POR JOSÉ FERRER DE ORGA.

AÑO 1816.

Se hallará en la Librería de José Carlos Navarro, Calle de la Lonja de la Seda: así mismo un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Autos Sacramentales, Saynetes y Unipersonales.

*Paulina, esposa de
Séneca.*



*Nerón.
Silbanio, su confidente.*

SALON ROMANO CON PUERTA EN EL FORO, QUE facilita la entrada á un gabinete de un filósofo: bufete á un lado con Escribanía, y Sofá al otro: salen Silbanio y Secuaces con el mayor misterio, el que espresa la música: registra la escena, y manda colocar varias guardias en la entrada del gabinete, y dice.

Silb. El filósofo en vano se recata del Nuncio de Nerón, seguidme amigos: su estancia penetremos, que el mandato no admite dilacion.

Entra Silbanio, y sale Paulina llena de admiracion.

Paul. Qué es lo que miro! A modo de solicitas avejas cuando rodean del abril florido las matizadas rosas, asordando con el susurro dulce los oídos, gente infinita, pueblo numeroso rodea de mi casa los recintos. Cuál podía ser la causa? si el tirano de mis nobles desprecios ofendido querrá con el rigor de su venganza acumular delitos á delitos? Es Nerón; es Nerón, su nombre basta para hacer que le tiemblen los abismos.

En alas del amor mas acendrado á buscar á mi esposo me dirijo:

pero qué horror! su cuarto de Romanos (timido; tambien cercado está: no me incon varonil esfuerzo le penetro... Qué es esto! Quién se opone á mis designios?

Rom. El mandato del Príncipe.

Paul. Deydades!

qué medita Nerón? Quiere el impío renovar la tragedia de Agripina, su desdichada madre en un amigo, un padre, un preceptor? Pero la puerta

de su lóbrega estancia abierta miro. El tribuno Silbanio sale de ella: que de males, oh cielos! vaticino! qué quieres de mi esposo?

Silb. Pues él sale, (mo. por mí responderá tu esposo mis- *Música: sale Séneca leyendo un papel: Paulina observa atentamente los efectos que le causa su contenido, y luego dice.*

Paul. Corazon respiremos, que en su rostro

no observo de dolor ningún indicio.

Qué quería el tribuno?

Sen. Darme un pliego,
de parte de Nerón.

Paul. Con qué motivo
el Príncipe te escribe?

Sen. No conoces
su carácter? Desea mis servicios
dejar recompensado; quiere darme
pruebas de que es Nerón.

Paul. Bastante has dicho,
No engaña el corazón á los mor-
tales.

Qué quiere ese cruel? Responde,
dilo.

Sen. Si es capaz tu constancia de
oponerse

á las adversidades del destino,
toma el pliego fatal.

Paul. Terrible pena!
al tomarlo se llena de martirios
mi triste corazón. Pero léamos
con ánimo constante.

*Música mientras la cual lee Pau-
lina con la mayor sorpresa.*

Por amigo
de Pison, y por cómplice en sus
tramas

tu arresto decretó? cielos divinos!

Sen. Paulina qué es aquesto! por qué
tiembblas?

dónde está tu constancia? tu he-
roísmo?

De este modo te abates? Que me-
ditas?

Paul. Medito del decreto los motivos.
No es la conjuración que te a-
comulan

el origen fatal de tu conflicto.

Sen. Pues quién Paulina? Dilo:

Paul. Mi constancia,
ó por mejor decir mis atractivos.

Sen. Qué dices? El tirano...

Paul. Sí, el tirano!...

sin respeto á mi honor, ni á tus
servicios

por los medios mas viles y exe-
crables

empañar el candor ha pretendido
del tálamo nupcial; no te sor-
prende?

no te llena de horror?

Sen. No; que en los siglos
de torpeza y crueldad el varon
cuerdo

admira las virtudes, no los vicios:
quién sin motivo repudió su esposa:
quién dió muerte á su hermano
vengativo:

quién repitió de Troya la tragedia
por ver de Roma arder los edificios:
quién despues de matar su dul-
ce madre

quiso ver sus entrañas por sí
mismo,

no es estraño condene á su maestro
á un arresto cruel, sino al suplicio.

Paul. Sin oírte el tirano te condena?

Sen. Le basta haber oído tus desvíos.

Paul. Y no piensas volver por tu
inocencia?

Sen. Por medio del Tribuno solo pido
esta gracia á Nerón, mas por
ser gracia

no pienso conseguirla del impío.

Paul. Que determinas?

Sen. Nada.

Paul. Pues que quieres por conjurado en Roma ser tenido?

Sen. Su Emperador lo dice.

Paul. Yo rezelo que suceda al arresto tu suplicio.

Sen. Nada debe abatir al inocente.

Paul. Aunque me has dado ejemplos infinitos

de constancia y valor, en este caso no me deja imitarlos el cariño; el sexo y el amor me hacen sensible;

y primero que sufra que el cuchillo sangriento del rigor por su mandato babilónico y torpe en tu cuello descargue el golpe impío:

convocaré de Roma las matronas, las madres, las esposas; si bien mio,

yo las sabré juntar para acodarlas la muerte del esposo, la del hijo, la del padre, el hermano, y finalmente

la de su mismo honor; y enardecidos

sus débiles alientos con mis cargos, armarán de valor sus cortos bríos, sus brazos de puñales sanguinarios, y de rabia sus pechos vengativos.

Sen. Y en quién descargarán su fiero enojo?

Paul. En el monstruo de Roma.

Sen. Qué delirio!

Aunque la enormidad de sus excesos,

ese epíteto vil han merecido,

al Cielo, no á los hombres pertenece

la sentencia fatal de su castigo.

Paul. Para escitar la cólera divina tampoco á mi dolor faltan arbitrios. La sangre derramada, que aun humea

á impulso del ardor de mis suspiros, penetrarán su Alcazar, sí, y los cielos

de su mudo clamor compadecidos su sagrado furor, contra el tirano, demostrará con rayos vengativos.

Temer Nerón el ceño de los Dioses, ya se cansaron de sufrir tus vicios.

Sen. Del rumor que se escucha nuevamente,

corre á saber Paulina los motivos.

Paulina va á mirar el motivo del rumor y vuelve asustada: la música espresa su sobresalto.

Sen. Qué has visto que asustada retrocedes?

Paul. Al hijo de Agripina: cruel conflicto!

Sen. Retírate á tu cuarto.

Paul. No es posible.

Sen. No temas; mi virtud queda conmigo.

Paul. Si la virtud te sirve de custodia, no tiene que temer el pecho mio. va.

Alegro estrepitoso que anuncia la salida de Nerón con sus secuaces.

Ner. Paulina se recata de mis ojos, y crece mi pasión con sus desvíos.

Sen. Yo no solicité que para oirme me vinieseis á honrar.

Ner. Pues yo he querido dispensarte el rubor de presentarte.

Que he sido tu discípulo, no olvido,
y agradecido, quiero de tu causa ser defensor y juez á un tiempo mismo.

Retiraos. *vanse los Romanos.*

Sen. Nerón busca á Paulina.

Ner. Qué no tenga de verla el corto alivio!

Es dable que un varon de tu prudencia,

que la estoyca virtud siempre ha seguido,

estando ya en el borde del sepulcro contra su Emperador se haya atrevido,

tratando con Pison y otros malvados (minio?

la libertad de Roma y su ester-

Sen. Quién afirma que Séneca en sus tramas

tuvo la menor parte?

Ner. Yo lo afirmo.

Sen. Los Monarcas son hombres y se engañan,

si á la lisonja prestan sus oidos,

vos seriais de Roma la delicia,

si á Pompeyo no hubieseis conocido.

Ner. Uno de los traydores te condena: conoces á Natalio?

Sen. Sí.

Ner. Ese mismo

de parte de Pison fué á darte quejas

de tu descuido en veros.

Sen. Ese indicio

no basta á condenarme.

Ner. No bastára,

si á Natalio no hubieses respondido,

que tu vida pendia de la suya, y que no convenia á los designios de los dos, mantener público irato.

Sen. Eso afirma Natalio?

Ner. Por testigo

pone á tu misma esposa.

Sen. Si lo crees,

será en vano, señor, contradecirlo.

De parte de Pison negar no puedo que me culpó Natalio de remiso;

pero me escusé verlo con pretesto de la tranquilidad á que yo aspiro.

En cuanto á que mi vida dependia del pérfido Nerón, solo te digo

que mi vida depende de los dioses: nací por ellos, y por ellos vivo.

Ner. Pues por mí morirás.

Sen. Te has engañado;

si muero, moriré porque el destino

lo tiene decretado.

Ner. En vano intentas

limitar de Nerón el poderío.

Sincéra tu conducta, justifica que de Pison jamas has sido amigo;

que no has tenido parte en sus proyectos

abominables, y que nunca has sido censor de mis acciones, y en amago

se quedará el decreto del castigo; de nó, para espiar tu enorme

culpa,

Nerón inventará nuevos suplicios.

Sen. A Séneca en pobreza poderoso,
intimidar no pienses con mentidos,
y especiosos pretestos : esa trama,
esa conjuración, en que ha querido
mezclarme tu crueldad , lleva los
fines...

mas no se atreve el labio á profe-
rirlos:

consulta el corazon por un mo-
mento,

y sabrás si de un Príncipe son
dignos.

Ner. No sé como tolero tu osadía.

Sen. Ni yo como no muero de ha-
ber visto

tan mal recompensados mis su-
dores.

Ner. Querias tener parte en mi do-
minio ?

Sen. De frutas me mantengo y agua
pura:

con esto , Emperador , te he res-
pondido.

Ner. Sino te justificas no te absuelvo.

Sen. Con eso cumplirás con tus de-
signios.

Ner. Yo satisfago solo la justicia.

Sen. Mejor dirás, señor, tus apetitos.

Ner. Qué es lo que dices, Séneca ?

Repara....

No sé como mi cólera reprimo.

Sen. Ignoro la lisonja.

Ner. Pero sabes

insultar á quien tiene en tí do-
minio.

Sen. Yo verdades público solamente.

Ner. Pero son osadías.

Sen. Me he escedido;

mi humildad lo confiesa desde
luego,

mas son muy poderosos los motivos.
Tú quisiste, Nerón, enveuenarme
por medio de un Liberto que
he tenido.

Entónces se encontraba tu maestro,
manchado con la nota del delito?

No siento , no , la muerte que
me espera,

solo siento la fama que has perdido.

No ves , que tu rigor con los es-
cesos

el árbol del poder deja abatido ?

Aquel árbol frondoso , en cuya
sombra

inocencia y virtud buscan asilo?

Baste ya de rigor, baste de enojo,
harta sangre inocente se ha vertido,

harto ha llorado Roma , y harto
el mundo

á tanta iniquidad se ha estremecido.

Considera que provida la tierra
produce entre sus venas hierro

limpio:

y que muere tan pronto el inocente
como el culpado á sus agudos filos.

Ner. Yo qué debo temer ?

Sen. Lo que no temes.

Ner. Me defiende el temor.

Sen. Mas no el cariño.

Ner. Quien no teme la muerte ?

Sen. El despedido.

Ner. Yo á nadie tiemblo.

Sen. Tiemblo de tí mismo.

Ner. Pues ya empiezo á temblar ; y
el sufrimiento

que en escuchar á Séneca he tenido,

al furor natural que me arrebató,
añade de furor nuevos motivos:

Ya soy monstruo de Roma, ya
soy furia,

ya á ser vuelvo el azote, el es-
terminio

y la desolacion del Universo:

ya á ser vuelvo Nerón, tiemblen
los riscos,

tiemblen los montes, tiemblen las
estrellas

y finalmente tiemble el cielo mis-
mo;

porque segun la rabia, y el enojo
que en mi pecho feroz se ha
introducido

no habrá cosa en el mundo; que
no acabe

al ardiente volcan de mis suspiros.

Sen. Emperador, el cielo te bendiga;
tú eres mi dueño á todo me re-
signo. *vase.*

*A una seña de Nerón, sale Sil-
banio hablando con mucho mis-
terio, y Paulina se asoma á
observarlos. Corto periodo
de música.*

Ner. Ve Silbanio á estender luego
el decreto:

Séneca ha de morir.

Vase Silbanio.

Paul. Qué es lo que he oído!

Es posible, señor, que así con-
denes

á tu Maestro y Padre á un tiempo
mismo?

Ner. Quién por él intercede? quién?

Paul. Paulina.

Ner. Qué poder, qué virtud tiene tu
hechizo!

que del monstruo mayor del uni-
verso

he pasado al amante mas rendido?

Qué quieres de Nerón?

Paul. No quiero nada,

volviendo á sus antiguos desvaríos.

Ner. Es imposible en mí dejar de
amarte.

Paul. Y en mí de aborrecerte. Qué
delito

ha cometido Séneca, mi esposo
para que le condenes al suplicio?

Ner. Los que yo me reservo por
prudencia.

Paul. Yo no tengo reparo de decirlo.

Ser Paulina inflexible lo primero:

lo segundo, Nerón ser vengativo.

Estos son los delitos de mi esposo,
pues tienes las virtudes por delitos.

Ner. Sabes quien soy Paulina?

Paul. Si; un intruso,

tirano usurpador de estos dominios.

Ner. Qué dices?

Paul. Si el laurel ciñes de Roma,
le ciñes de Británico, en perjuicio,

su legítimo dueño; porque Claudio,
de ningun modo pudo contra

un hijo,

renunciártelo á tí.

Ner. Basta Paulina....

Paul. Si no fueras intruso, fueras pio,

fueras clemente, fueras justiciero,

y sabrias por tu decoro mismo

dominar tus pasiones.

Ner. Del desprecio

solamente son dignos tus delirios.

Ha muerto, por ventura, tu consorte?

Paul. Pero es inevitable su destino.

Ner. Será porque tu misma le condenas.

Paul. Mejor dirás tu ciego desvarío.

Tú quieres reducir á una consorte á que compre la vida del marido á costa de su honor; pero primero que consigas vencerme á tu cariño armada de un puñal, á mi decoro immolaré la vida en sacrificio.

Ner. Huye la tortolilla del milano, la cierva del leon, porque su instinto

natural se lo enseña; pero al hombre,

que es lo mejor que el cielo ha producido,

nadie le enseña á huir de la belleza;

antes ella le atrae á su cariño.

Paul. No quieras confundir el amor puro

con el culpable; huye de este sitio, evita mi presencia y si en tu pecho de humanidad conservas algun viso permíteme que muera con mi esposo:

este es solo el favor que yo te pido.

Ner. Reflexiona Paulina mas despacio mi generosa oferta y tu destino: propicia la fortuna en este dia te ofrece con mi amor mi poderío: si tú quieres reynar y aun ser mi esposa

nada encuentra difícil mi cariño.

Las Matronas Romanas que ahora brillan

por el lustre y poder de sus maridos;

doblada la rodilla en tu presencia te servirian de esclavas si es preciso:

entre ellas lucirás como la luna luce entre las estrellas: Sí bien mio,

y cuando de mi amor acompañada salieres á ostentar el poderío, los vivos de una plebe alborozada llenarán de lisonjas tus oídos.

Renunciarás del Trono las grandezas?

mirarás con desprecio mi cariño?

Paul. Si unieses al Imperio que me ofreces

toda la India junta. Mas qué digo? de qué sirve la India? Toda la Asia la Germania, la Ibéria, y el dominio del mundo entero, lo despreciaría mi noble corazón; que mas estimo conservar el tesoro de mi fama, con aquella pureza que es debido, que dominar á Roma; que del Orbe tener el absoluto señorío.

Nerón por la humildad de una cabaña

si pudiese vivir con mi marido trocaré los Palacios mas soberbios; de esta suerte agradezco el beneficio:

Si eres en crueldades dura peña, yo soy en resistencia duro fisco: Me quitarás la vida, no la fama;

eclipsarás mis ojos, no mis brillos;
por último Nerón, antes que ceda
mi constancia á tus bárbaros de-
signios

despuntará la Aurora en el ocaso,
venas de fuego correrán los rios,
producirán la nieve los volcanes,
la tierra ocupará del sol el sitio,
los Cielos pararán, el ayre torpe
del modo de alentar perderá el
tino;

todo puede mudarse, todo, todo
ménos mi corazon y mi heroismo.

Ner. Qué contraste tan fiero de pa-
siones!

yo siento que se abrasa el pe-
cho mio

de amor y de furor; pero apuremos
de una vez su constancia: dos
partidos

le quedan á tu amor desventurado:
el cetro, ó el puñal:

Paul. No me intimido.

Aquí tienes mi pecho, tu venganza
satisface con golpes repetidos.

Ner. Que quien domina el mundo
y las estrellas

no pueda dominar los alvedríos!

El cetro es para tí si á mí te
vences,

y el crudo acero para tu marido,
si desprecias mi amor: quieres
su vida?

renuncia á tu teson: no hay otro
arbitrio

otro medio no queda á tu cons-
tancia,

amor, ó muerte.

Paul. Pues la muerte elijo.

Ner. Ola!

*Sale Silbanio con un papel en
la mano, Paulina habrá vuelto
las espaldas á Nerón, y con la
agitacion que le causan sus te-
mores se vuelve á mirarle y ab-
ver que está con la sentencia en
la mano se estremece, tiembla,
quiere ir á suplicarle y se detie-
ne, Nerón leyendo la sentencia
procura observar los afectos
que la combaten: la música
espresará estos sentimien-
tos con la mayor
propiedad.*

Ner. Tiemblas? te agitas y estremeces?
en dónde está el valor? dónde
está el brio?

Pero aun estás á tiempo.

Paul. De que monstruo?

Ner. De redimir la vida á tu marido.

Paul. Hombre de crueldad, quién
te ha enseñado

á combatir un pecho dolorido

por medio de un examen tan
tirano,

por medio de un contraste tan
impio?

Ner. Tu ciega obstinacion.

Paul. De tu perfidia.

Ner. No mas: artas injurias he su-
frido.

La suerte de tu esposo está en
mi mano;

solamente le falta un requisito

que por un breve instante le sus-
pende

el poderoso imán de tus hechizos.

Se sienta, y toma la pluma.

Paul. Qué horror! Qué miras! firmala tirano.

Ner. Puesto que lo deseas, ya la firmo.

Paul. Qué es esto? el corazon segun parece

un agudo puñal le ha dividido.

Ner. Pues tú misma á tu esposo has condenado,

tú misma vé á enterarle del castigo, para elegir el género de muerte una hora por gracia le permito. *vas.*

Nerón dá la sentencia á Paulina. Esta al tomarla hace una grande exclamacion y cae desmayada en el suelo. Sale Séneca de de su estancia y al ver á

Paulina desmayada corre á socorrerla.

Paul. Dioses!

Sen. Ya no se oye á Nerón... Cielos!

Paulina está entregada á un paraisismo.

Señora! que es aquesto? No responde...

Por su frente destila un sudor frio igual al de la muerte. En su regazo tiene un papel al parecer escrito.

Le lee. Que contendrá? Mi muerte.

Ya comprendo

de donde ha dimanado su deliquio.

Ah cruel! *Paul.* Dónde estoy?

Sen. Ya se recobra.

Paul. Séneca!

Sen. Ya ha cesado su peligro:

El terrible decreto á cumplir vamos:

para morir nació: no me intimido.

vase.

Vuelve Paulina del desmayo, reconoce el sitio y se queda pensativa: Música.

Paul. Oh terrible papel! fatal sentencia!

pero tendré valor... mortal confito!

para ser mensagera de su muerte?

Careceo de valor, me falta brio.

Este paso supera ya á las fuerzas

de una débil muger... Pero que

arbitrio

buscará mi dolor en tal apuro?

Tan fuera de mí estoy que me

fatigo

para darle el papel de mi sentencia.

Y no pienso, discurro, ni medito

el modo de salvarle, ó de seguirle;

porque si yo á su muerte sobrevivo,

que no es dable en Paulina, que-

do espuesta

al rigor del tirano, y en el siglo

en que reyna la culpa y el desorden

solamente en la muerte se halla

alivio.

Esto resuelvo; para cuyo efecto

de Séneca, á la estancia me dirijo;

pero al entrar el alma se conturba.

A pesar del temor me determino.

Abre la puerta, va á entrar, se

cubre el rostro con las manos,

se llena de horror y retrocede.

Música.

Paul. Pero Dioses! qué horror! del

inhumano

ya el decreto fatal dejó cumplido:

Ya es víctima mi esposo de la rabia;

ya es mísero trofeo del destino:
Su languidez, su sangre no me
engañan
ni tampoco me engañan mis
martirios.

Ya llegó la ocasión de que Paulina
muestre á Roma, y al mundo
su heroísmo.

Séneca, esposo amado, mi delicia...
Cuando plugo á los Dioses... ya
te sigo.

Si me distes egemplos de cons-
tancia,
á dártelos de amor yo me en-
camino.

Y tú escarnio y oprobio de los
hombres,

sangriento azote, y opresor impío
de un pueblo subyugado, teme
el odio,

teme la saña, teme el ceño altivo,
y en fin la maldición de una alma
llena

de rabia y de furor... Yo te mal-
digo

de parte de los Dioses, de los hom-
bres,

las estrellas, las fieras y los riscos;
para que mientras baja de los
Cielos

á cumplir la venganza tu castigo,
vivas muriendo del dolor cercado
ocupado en pensar en tus delitos,
padeciendo tu pecho los tormentos,
las ansias, las angustias, los
martirios

que has hecho padecer á cuantos
tienen

la desgracia de haberte conoci-
do.

vase.

Música: Sale Séneca moribundo,
y dice.

Sen. Dónde estará Paulina? Entre
sus brazos

quisiera dar el último suspiro.

Mas no parece: si me habrá dejado?
No es dable, no es creible en
su cariño.

Para la eterna noche poco á poco
voy cerrando mis ojos afligidos.

Yo muero; ya se acerca el duro
instante

de sellar con mi sangre mi destino.
No pienses, cruel Nerón, que á
tu Maestro

le intimida el rigor del fallo impío;
el cúmulo de excesos y crueldades,
que á cada paso he visto repetidos
me hacen dulce la muerte: mi
tragedia

se debia escribir por mis amigos
con la sangre que vierto... qué
desmayo!

para evitar los golpes del destino;
pero siento rumor.

Sale Paul. Séneca? Esposo?...

Sen. Quién me llama?

Paul. Paulina. *Sen.* Ya habrás visto
del modo que el tirano premia
al justo...

acércate Paulina... mas qué miro?
qué es aquesto?

Paul. Imitarte.... Que querias
que mi decoro fuese desperdicio?...

Sen. Te comprendo, y aplaudo en
mi desgracia

que esceda tu heroísmo á mi heroísmo;
pero mis fuerzas ceden al desmayo....

Paul. También las mias van perdiendo el brio....

tus moribundos ojos me declaran que debemos morir aun tiempo mismo....

yo te lo ofrezco... mas la fria muerte

va cerrando sus labios....

Sen. Aun respiro...

Paulina! *muere.*

Paul. Mas ya ha muerto.

Paulina se queda estática mirando atentamente á Séneca, y despues de un corto instante sale Nerón con séquito.

Música.

Ner. Mi decreto ya ha dejado el filósofo cumplido.

Paul. Qué el dolor no me acabe!

Qué mi sangre!...

perezosa obedezca á mis designios!

Aquí el cruel!...

Ner. Qué veo!

Paul. Qué te admira?

de este modo desfiendo mi honor limpio.

Ner. Corred á libertarla de la muerte.

Paul. Es tarde ya.

Ner. Mal haya mis delirios.

Paul. Pero antes de espirar quisiera hablarte.

Tenia que decirte... Qué martirio!

Oh pese á mi valor! cielos sagrados dadme por un instante vuestro

auxilio;

no puedo incorporarme, dura pena.

Dioses, oid mis voces, mis gemidos,

y logre levantarme... pero en vano...

ánimo corazón... ya tengo brio...

acércate Nerón... que yo te llamo...

Ner. Qué quieres...

Paul. Darte muerte... mas yo espiro...

Paulina logra incorporarse, y al

tiempo que vá á herir á Nerón

se le cae el puñal de la mano y

muere: música hasta acabar.

Ner. Espectáculo atróz!...terrible vista!

huyamos al instante de este sitio:

que la sangre que veo derramada,

parece que amenaza mi castigo.

F I N.